

DIA XI.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES PROTO Y JACINTO, hermanos y eunucos de Sta. Eugenia, en Roma en la via Salaria vieja en el cementerio de Basila; los cuales en tiempo del emperador Galieno, habiéndoles descubierto que eran cristianos, les obligaban á sacrificar á los ídolos; mas resistiéndolo ellos, fueron primero azotados con gran crueldad, y despues degollados. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS DIODORO, DIOMEDES Y DIDIMO, en Laodicea en Siria.

SAN VICENTE, abad y mártir, en Leon en España.

SAN PAFNUCIO, obispo, en Egipto, uno de aquellos confesores que en tiempo del emperador Galerio Maximiano, despues de haberles sacado el ojo derecho y cortado los nervios de la rodilla izquierda, fueron condenados á las minas. En tiempo de Constantino el Magno defendió valerosamente la fe católica contra los arrianos, y habiendo merecido muchas coronas, descansó en paz. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN PACIENTE, obispo, en Leon de Francia. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN EMILIANO, obispo, en Verceli. (Era natural, al parecer, de una aldea de Aragon, y dicese que fué instruido en la religion por el obispo S. Felix. Vivía en un desierto cuando hallándose vacante la silla episcopal de Verceli, en Italia, el cielo le designó milagrosamente para ocuparla. Asistió á los concilios 3.º 4.º y 6.º de Roma congregados por el papa S. Simaco.)

SANTA TEODORA, en Alejandria; la cual habiendo incautamente ofendido á Dios, arrepentida de su pecado, con admirable abstinencia y paciencia perseveró en hábito religioso desconocida, haciendo penitencia hasta su muerte. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN PROTO Y SAN JACINTO.

ENTRE los ilustres mártires de Jesucristo que testificaron con su sangre las inefables verdades de nuestra fe á fines del siglo III, son dignos de eterna memoria S. Proto y Jacinto; eunucos de la insigne virgen romana Sta. Eugenia, que poco antes recibió la misma corona del martirio. Había dado el emperador Publio Valeriano, hombre amable por su natural temperamento, en los principios de su reinado muchas pruebas de humanidad y beneficencia en favor de los cristianos, á quienes significó en no pocas ocasiones su inclinacion y afecto; pero escita-

do de las bárbaras persuasiones del arquisinagogo de los magos de Egipto, ó de las sugestiones de Marciano, uno de sus mas famosos generales, enemigo capital del nombre cristiano, mudó de parecer en términos, que suscitó una de las mas terribles persecuciones que padeció la Iglesia, tan sangrienta, que por excelencia la llama S. Dionisio de Alejandria *persecucion del Antecristo*; dejándose ver Roma principalmente un teatro cruel donde se representaba la horrorosa tragedia de inocentes victimas que se sacrificaban cada dia al furor de aquel tirano impío. Es verdad que Dios vengó la injuria hecha á su santo nombre, haciendo caer á Valeriano en manos del rey de Persia, que le hizo prisionero en Mesopotamia, tratándole indignamente como á un vil esclavo, sirviéndose de sus espaldas como de estribo para montar á caballo, y muerto despues á puñaladas, mandó colgar su pellejo en uno de los templos de sus dioses para que sirviese de eterno monumento de la venganza de los romanos.

No por este suceso con que castigó visiblemente el cielo la tirania de aquel bárbaro, mejoraron de fortuna los cristianos, ni se interrumpieron los excesos del furor con que eran sacrificados. Publio Licinio Galiano, hijo de aquel infeliz príncipe á quien habia asociado en el imperio, continuó el sistema de su padre, é hizo ejecutar execrables tiranias con los confesores de Jesucristo, dándoles á sufrir los mas terribles suplicios sobre cuantos hasta entonces habia imaginado la ferocidad de los primeros perseguidores. Entre los muchos que experimentaron los efectos de su barbarie fueron Proto y Jacinto, acreditando la valentia de su generoso espíritu en los fuertes combates con aquel impío. La complicacion de las actas de estos dos célebres mártires con las de otros cómplices de sus triunfos nos impiden saber con exactitud todas las circunstancias del bárbaro juicio con que fueron condenados á padecer por su constancia en la fe de Jesucristo; pero muchos monumentos de una respetable antigüedad, que ha conservado el estudio piadoso de la Iglesia, nos dan idea de la fortaleza con que sufrieron tormentos superiores á las facultades de la naturaleza humana. Por los mismos sabemos, que sostenidos los Santos con la divina gracia, ostentaron la mayor serenidad en las cuestiones del prefecto de Roma, que los juzgó como á traidores del estado, y desobedientes á los edictos imperiales. Oyéronse con admiracion las convincentes respuestas que dieron á un escrupuloso interrogatorio, por las que unos jóvenes sin literatura desarmaron á la filosofia pagana, demostrando la vanidad de las deidades del gentilismo, y la necedad de las supersticiones que adoptaba la idolatria. La invicta fortaleza de los

razonamientos con que se alentaban recíprocamente á sostener la fe, y á llevar alegremente el furor de los verdugos, irritaron de tal suerte al acalorado prefecto, que desesperado de poder reducirlos por cuantos medios crueles inventó su tiranía, por último recurso mandó decapitarlos á fines del siglo III.

Ninguna duda de las que pueden ocurrir en las actas de estos insignes mártires, pueden alterar su antiquísima memoria. Desde el cuarto siglo era célebre su culto en Roma en el 11 de setiembre. Dicese que sus cuerpos estuvieron en un cementerio, sito sobre el antiguo camino de Sel: á él han dado su nombre los mismos Santos, el que también ha tenido el de S. Hermes; el cual ha sido de los más célebres de Roma por el número de mártires que fueron en él depositados. El papa Dámaso hizo separar la tierra que la sucesion de los tiempos había amontonado sobre las venerables reliquias, y descubrió enteramente su túmulo para que los fieles le tributasen la veneracion debida. Pocos años después un sacerdote, llamado Teodoro, hizo construir una iglesia en honor de los Santos, que en lo sucesivo fué adornada y enriquecida por el papa Simaco, donde continuó su culto con más celebridad que en los tiempos antecedentes.

SAN PACIENTE, ARZOBISPO DE LEON.

SAN Paciente, cuya fiesta celebra hoy la santa Iglesia, nació hacia el principio del quinto siglo. Es probable que fué natural de Leon, como también su grande amigo el célebre Sidonio Apolinar: ámbos de familia distinguida por su calidad; pero mucho más por sus buenos procederes y por los opulentos bienes que poseía. Nada cierto se sabe de sus primeros años, ni de los empleos que obtuvo en el mundo; solo es cierto que siendo su familia una de las más considerables de la provincia, había largo tiempo que estaba condecorada con las primeras dignidades; por lo que prudentemente creemos que su educación sería muy correspondiente á su nacimiento y á la religion que profesaba. Las primeras noticias de su vida que nos comunica la historia son representárnoslo incorporado en el clero como eclesiástico muy ejemplar y de los más sabios de su tiempo.

Pero la prueba más concluyente del mérito de nuestro Santo, es su elección para el gobierno de una iglesia tan grande, tan respetable por su antigüedad y por el gran número de hombres ilustres en doctrina y en santidad que ha dado á la Iglesia de Dios aquella silla primacial. Fué S. Paciente obispo de Leon há-



S . PACIENTE ARZB .

cia el fin del pontificado de S. Hilario papa, ó hácia el principio del de S. Simplicio; esto es, por los años de 467.

Luego que S. Paciente se vió colocado en el trono episcopal se dedicó á adquirir todas las virtudes que el apóstol S. Pablo consideraba necesarias á un obispo, y todas las poseyó en grado eminente. Correspondieron perfectamente á su alta dignidad su piedad, su caridad y su zelo. Su pastoral solicitud no reconocia otros límites que los de su diócesi; pero su dilatada caridad ninguno reconocia, y así fué esta virtud una parte de su carácter. Era su rico patrimonio el patrimonio de todos los necesitados, así como las rentas de su obispado eran las rentas de los pobres. Era su zelo tan grande como su caridad; por lo que muy en breve mudó de semblante la diócesi de Leon. No habia resistencia á las prácticas instrucciones del santo pastor, sostenidas con sus piadosas limosnas y con sus ejemplos.

Hácia el año de 470 consagró, como metropolitano, á Juan obispo de Chalons, asistiendo á esta sagrada ceremonia S. Eufronio, obispo de Autun, y los demás sufragáneos de aquella santa primada iglesia. S. Sidonio Apolinar, diocesano suyo, y después obispo de Clermont, nunca acierta á hablar de nuestro Santo sin magníficos elogios, testificándonos no haberle faltado ninguna de las virtudes que forman los grandes y los santos preladados. Su gran caridad fué la admiracion de todo el pueblo. Siguióse una cruel hambre á los estragos que los godos acababan de hacer en toda la Francia, particularmente en las provincias meridionales y en el Leonés. No se habia conocido semejante desolacion. Todo estaba cubierto de cadáveres ó de moribundos por la falta general de lo necesario para la vida. Movidamente nuestro Santo de la pública calamidad, no perdonó á medio alguno para el alivio de tantos afligidos y miserables. Hizo venir á gran coste cantidad de granos de todos los paises extranjeros, y los mandó distribuir en todos los pobres. Con su vigilancia y con su penetracion descubria las miserias mas sepultadas en el fondo de las provincias; y como á su piadoso corazon no le compadecian menos las necesidades, la vergüenza y el silencio de los pobres ausentes, que los clamores y las lástimas de los que tenia á la vista; no se dedicaba menos á enjugar las lágrimas de los que no veia, que á consolar las de aquellos que tenia delante de los ojos. Dispuso pósitos ó paneras públicas en todo lo largo del rio Saona y del Ródano, hasta las provincias mas distantes; y por medio de esta heroica caridad salvó las ciudades de Arlés, Orange, Viviers, Valencia y S. Pablo de los tres Castillos, Aviñon y Riez, que le veneraban como á otro segundo José, aclamándole el libertador de todas

aquellas provincias. También experimentaron los efectos de su liberalidad la Auvernia y la Aquitania; de suerte, que no se dudó se multiplicaba el trigo en sus manos por un insigne y continuado milagro.

No resplandecía menos en todas las demás acciones de su vida la sólida y la grande virtud de nuestro Santo. Siempre dulce, siempre afable, siempre liberal con todo el mundo, solo era severo y riguroso consigo mismo. Para todos estaba abierto el palacio del santo prelado: á todos franqueaba su mesa servida con esplendidez, y de aquí nació, que hallándose entonces la corte en Leon, al mismo tiempo que el rey Gondebaldo celebraba las comidas del arzobispo, la reina publicaba con admiracion su sobriedad y sus ayunos. Con tan universal y tan generosa caridad se hacia inmediatamente dueño de los corazones de todos, procurando ganarlos para Dios, y apenas habia quien se pudiese resistir á los piadosos artificios de su zelo. En sus manos todo crecía, y todo florecía en la casa del Señor: solo se disminuía visiblemente cada día el número de los herejes por su zelo y por su aplicacion á convertirlos con la milagrosa fuerza de sus sermones y con la virtud de sus ejemplos. Con su dulzura, con su afabilidad, con su modestia y con sus gratisimos modales domesticó el genio feroz y cruel de Evarin, rey de los godos. Era arriano este principe, y habia llenado toda la Francia de disolucion y de carnicería. Supo nuestro Santo ablandarle, suavizarle y ganarle tanto, que le hizo mudar enteramente de conducta, lo que todos reputaron por milagro. Las rentas que sobraban del sustento de los pobres se dedicaban á fundar nuevas iglesias, ó á reparar las antiguas. Fruto son de su magnificencia la mayor parte de las de Leon. Sobre todas alaba Sidonio un magnífico templo que hizo edificar nuestro Santo, y se cree fuese el de S. Justo ó el de san Ireneo. Pero lo que hace formar idea mas cabal y concepto mas elevado del extraordinario mérito y de la eminente virtud del santo prelado, es la célebre carta que Sidonio le escribió á nombre de los estados de Langüedoc y de Auvernia.

«Ninguna cosa nos acerca mas á la virtud de los bienaventurados en el cielo que la caridad con los pobres y con los miserables en la tierra. Preguntarásme á qué propósito viene esta proposicion. A tí te la dirijo, gran prelado: tú, á quien no basta solicitar el alivio á la pobreza que tienes delante, sino que vas á buscar hasta en las estremidades de las Gaulas á todos los infelices y necesitados: tú eres el que socorres las necesidades sin dársete nada por conocer las personas. No es menester que los pobres se presenten á tu puerta: tú mismo los vas á buscar á los lugares

mas desconocidos. Estiéndese tu vigilancia pastoral hasta las provincias estrañas. Bástate saber que hay necesidades para no esperar á que lleguen á tus oídos sus clamores; y si tanto bien haces á los estraños, ¿qué no harás todos los días con tus propias ovejas? Con tus piadosas limosnas destierras de tu ciudad la pobreza; y tu dulzura cada día añade nuevas victorias á tu gran zelo. El rey admira el gran número de pobres que sustentas, y la reina no acaba de ponderar tu abstinencia y tus ayunos. Paso en silencio los magníficos ornamentos con que has enriquecido la iglesia que tienes á tu cuidado. No se sabe cual se ha de admirar mas, ó los templos que has edificado de nuevo, ó los que has reparado. No hay hereje que no se rinda á tu zelo. Buena prueba son las conversiones de los arrianos, de los focinianos. Algunas de estas grandes virtudes pueden ser comunes con otros santos prelados; pero tu caridad se puede decir que es sin ejemplo. Mas países has salvado tú que han arruinado los godos. Tú solo llenaste las paneras por todo el curso del Saona y del Ródano: ¡cuantas ciudades, cuantos vastos países, cuantas provincias te reconocen por su libertador, por su pastor y por su padre! Y como de otro José, se puede decir que tú solo salvaste el reino, etc.»

El año de 475 asistió S. Paciente al concilio de Arlés, donde se dejó admirar su ingenio, su sabiduria, y sobre todo su eminente santidad. En todas partes era venerado como santo, y en ninguna era conocido por otro nombre que por el modelo de perfectos prelados y ornamento de la Iglesia. En fin, lleno de días y de merecimientos, murió con la muerte de los justos en Leon el día 11 de setiembre del año 491; y es fácil discurrir cual seria el sentimiento de toda la provincia en la pérdida de su santo pastor. Las lágrimas de los pobres fueron singularmente el mejor y el mas noble ornamento de sus magníficos funerales. Dióse sepultura á su cuerpo en la iglesia de S. Justo, donde mucho tiempo despues fueron halladas sus preciosas reliquias, y se conservaron religiosamente en ella hasta el siglo xvi, en que fueron disipadas con otras muchas por las turbulencias de los hugonotes, que arruinaron entre muchas otras la iglesia de S. Justo.

SAN PAFNUCIO, OBISPO Y CONFESOR.

ESTE Santo era natural de Egipto, y cristiano desde sus mas tiernos años. Habiendo pasado algunos años en el desierto, bajo la direccion del grande Antonio, salió de la soledad para ser consagrado obispo de la Tebaida superior. Durante la perse-

cucion de Maximiano Daia S. Pafnucio fué otro de aquellos ilustres confesores que perdieron el ojo derecho y luego condenados á las minas despues de haberles cortado los nervios de la rodilla izquierda. Restituida la paz á la Iglesia volvió el Santo á su grey, dedicándose desde luego con el mayor zelo y teson á preservarla de los errores del arrianismo. Por su santidad eminente y glorioso título de confesor de la fe, mereció las mayores consideraciones de los padres del concilio de Nicea, al cual asistió. Constantino el Grande mientras se celebraron las sesiones de aquel sínodo, conferenció varias veces con él en su palacio, y jamás le despedía sin besarle el lugar en que habia perdido el ojo por la fe de Cristo. Permaneció siempre estrechamente unido con san Anastasio; y juntamente con S. Potamon obispo de Heraclea, y otros cuarenta y siete obispos de Egipto; acompañaron á su santo patriarca al concilio de Tiro en el año de 335, donde encontraron que eran acérrimos arrianos la mayor parte de sus miembros. No se tiene noticia individual de la muerte de san Pafnucio, aunque se cree que murió por los años de 337.

SANTA TEODORA ALEJANDRINA, PENITENTE.

LAS vidas de Sta. María Egipciaca y de Sta. Pelagia penitentes, pueden servir de ejemplo especialmente para las mujeres pecadoras y públicamente malas que, perdida la vergüenza, entregaron al tiempo sus cuerpos y sus almas á Satanás. Escribamos ahora otro ejemplo de una mujer casada, noble y rica, que habiendo vivido en grande honestidad, fué engañada y cayó en una flaqueza de carne, é hizo traicion á su marido, y lloró tanto su pecado como en el discurso de esta historia se verá; la cual escribió Simeon Metafraste en esta manera.

Siendo emperador Zenon, nació en Alejandría una mujer de padres nobles y ricos, dotada de grandes virtudes, la cual siendo de edad se casó con un caballero igual suyo, y vivieron en el matrimonio con gran paz y conformidad: llamábase Teodora; era muy amada y estimada del marido, porque le era muy obediente, muy amorosa y bien acondicionada, y por las muchas y grandes virtudes que resplandecian en ella, por las cuales, y especialmente por su rara honestidad, era muy querida y reverenciada de todos. Tuvo el demonio envidia de tanta bondad, y determinó hacer cruda guerra á la que vivía en tanta paz con su marido. Instigó á un mozo de buenas partes y rico que se aficionase á Teodora: encendióle con llamas y estímulos de concupiscencia, abrasándole las entrañas cuando pensaba en ella. Ren-

dido el pobre mozo á su loca pasión, procuró atraer á su voluntad á Teodora con blanduras, promesas y presentes, y con todo lo que el amor ciego en semejantes ocasiones suele ofrecer. Ninguna cosa aprovechó para que Teodora quisiese consentir en su mal deseo, ni aun mirarle, porque como era mujer tan honesta y tan cristiana, tenía á Dios delante y la lealtad que debía á su marido. Viendo, pues, el mozo perdido que no le sucedía á su propósito aquel negocio, tomó por medianera á una vieja hechicera y endiablada para que le sirviese de tercera, y acabase con Teodora por medio de sus palabras venenosas lo que él por otros tantos medios no habia podido alcanzar. Dijo tantas cosas la perversa vieja á Teodora, que con sus falsas razones le engañó y pervirtió para que consintiese; y en efecto se cometió el adulterio, y luego de él se siguió lo que suele del pecado, que es la vergüenza, arrepentimiento y dolor. Este fué tan grande y atravesó de tal manera (como un cuchillo agudo) al corazón de Teodora, que si Dios no la tuviera de su mano, fácilmente cayera en desesperacion. No le sirvió aquel pecado de estabon para otro pecado, sino para penitencia y correccion; porque habia nacido de flaqueza y engaño y no de malicia y mala voluntad. Comenzó á andar triste, desconsolada y afligida, y el marido, que la amaba tiernamente y no sabia la causa de aquella novedad, procuraba con caricias y regalos alegrarla y recrearla; mas como la llaga estaba en las entrañas, y el corazón tan lastimado, ninguna cosa que hacia el marido era parte para consolar á la pobre mujer. Parecióle que habia ofendido á su Dios, y deshonorado á su marido, y perdido el buen nombre que en la ciudad tenia, y que un infierno era poco para ella; y corrida y afrentada de sí misma, no osaba alzar sus ojos al cielo. Finalmente, cavó tanto este sentimiento en Teodora, que, movida de el Señor, se resolvió á pagar la culpa de aquel pecado con pena perpetua y con una penitencia rigurosa de toda su vida. Para esto, sin que nadie lo entendiese, se vistió de hombre y se fué á un monasterio de monges que estaba como seis leguas de la ciudad de Alejandría, donde con grande humildad y disimulacion de quien era, suplicó al abad que la admitiese en aquel convento para servir en él mas al Señor. Hicieronla aguardar, para prueba de su constancia, toda aquella noche fuera de la puerta del monasterio al sereno, y no con pequeño peligro de ser despedazada y comida de bestias fieras; y á la mañana, vista su constancia, la admitieron, declarándola lo que habia de hacer en aquella santa casa, la regla que habia de guardar, y como habia de obedecer y servir á todos en los mas bajos y viles oficios, y tener cuenta con la